Un camino de encuentro entre el Evangelio y las culturas

Introducción: Evangelizar sin colonizar

La Iglesia católica, desde su nacimiento en el corazón del mundo judío y su expansión hacia los confines de la tierra, ha enfrentado siempre un reto esencial: **cómo anunciar a Cristo sin anular la identidad cultural del que escucha**. ¿Debe la fe católica imponerse culturalmente o puede encarnarse en cada pueblo, en cada lengua, en cada corazón? La respuesta la ha dado la misma historia de la Iglesia: **la inculturación**.

Lejos de ser un sinónimo de "adaptación superficial", la inculturación es un proceso profundamente teológico y espiritual. Se trata de la **encarnación del Evangelio en una cultura concreta, sin traicionar ni la fe ni la riqueza de los pueblos**. La inculturación no es un lujo moderno, sino una constante en la historia de la Iglesia que, como afirma San Pablo, se hace "todo para todos, para ganar a algunos" (cf. *1 Cor 9,22*).

Este artículo busca, desde un enfoque cercano y riguroso, ayudarte a comprender qué es la inculturación, cómo ha sido vivida en la historia de la Iglesia y qué papel juega hoy en nuestro mundo globalizado, plural y muchas veces herido por tensiones identitarias y religiosas. También te ofrecerá una guía práctica para vivir una fe católica plenamente inculturada, sin perder la fidelidad a Cristo ni a tus raíces culturales.

I. ¿Qué es la inculturación? Una definición teológica

La inculturación es el **proceso mediante el cual la Iglesia encarna el Evangelio en las diversas culturas humanas, de tal manera que la fe se exprese a través de ellas, sin alterar su esencia divina**. Es una **acción del Espíritu Santo**, que guía a la Iglesia para que anuncie a Cristo sin colonizar ni imponer modelos culturales ajenos.

Juan Pablo II la definió como:

> *"La inculturación del Evangelio es la encarnación del mensaje cristiano en las culturas autóctonas y, al mismo tiempo, la*

> *introducción de estas culturas en la vida de la Iglesia" (Juan Pablo II, Redemptoris Missio, n. 52).*

Así entendida, la inculturación es doble:

- El **Evangelio penetra la cultura**: transforma sus elementos a la luz de Cristo.
- La **cultura enriquece la Iglesia universal**: aporta nuevas expresiones, símbolos, espiritualidades.

Pero cuidado: inculturar no significa relativizar. El Evangelio **nunca es domesticado por la cultura**. Al contrario, la ilumina, purifica y eleva. La inculturación es posible **porque el cristianismo no es una ideología cultural, sino una Persona viva**: Jesucristo, el Hijo de Dios hecho carne.

II. Historia de la inculturación: una Iglesia en diálogo con los pueblos

1. De Jerusalén a Roma: la primera inculturación

La Iglesia nace en Jerusalén, en un contexto judío. Pero muy pronto el Evangelio se dirige a los paganos. La gran pregunta de los primeros siglos fue: ¿hay que hacerse judío para ser cristiano?

La respuesta llegó con claridad en el Concilio de Jerusalén (Hechos 15): **no es necesario asumir la cultura judía para seguir a Cristo**. Así comienza la primera gran inculturación: el Evangelio se expresa en categorías griegas, romanas, semitas. El mensaje es el mismo; el ropaje, diferente.

2. Los Padres de la Iglesia: puentes entre fe y filosofía

Los Padres de la Iglesia (como San Justino, San Agustín o San Gregorio de Nisa) comprendieron que la fe no debía rechazar las culturas grecolatinas, sino **tomar de ellas lo verdadero y orientarlo hacia Cristo**. Por eso se habla de "los despojos de Egipto": todo lo bueno en las culturas puede ser usado para la gloria de Dios.

3. Evangelización de Europa: la cristianización de lo bárbaro

Cuando el Imperio romano cae y llegan los pueblos “bárbaros”, la Iglesia no los destruye, sino que **cristianiza sus costumbres, símbolos, festividades, idiomas**. Así nacen muchas tradiciones populares, fiestas patronales, liturgias vernáculas. Lo que era pagano se transforma en medio de gracia.

4. América, Asia y África: luces y sombras

En la evangelización de los continentes no europeos, la inculturación tuvo aciertos y errores.

- En América, **la Virgen de Guadalupe** es el gran modelo de inculturación: una imagen mestiza, con símbolos indígenas, que anuncia a Cristo en el corazón del pueblo.
- En Asia, figuras como **Matteo Ricci** en China supieron dialogar con la cultura confuciana.
- En África, la liturgia y la teología han ido asumiendo danzas, músicas, ritmos propios.

Pero también hubo errores: **imposición cultural europea, destrucción de tradiciones locales, evangelización confundida con colonización política**. La Iglesia ha pedido perdón por esos abusos, y ha reafirmado que el Evangelio no necesita imponer una cultura única.

III. Fundamentos bíblicos y teológicos

La inculturación tiene raíces profundas en la Sagrada Escritura:

- **La Encarnación**: *“Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”* (Jn 1,14). Dios no se quedó en su “cultura divina”; se hizo hombre en una cultura concreta (judía), con lengua, símbolos y tradiciones.
- **Pentecostés**: *“Cada uno los oía hablar en su propia lengua”* (Hch 2,6). El Espíritu no impone una lengua única, sino que **se manifiesta en la diversidad**.
- **San Pablo en el Areópago**: *“He visto que sois muy religiosos… Al Dios desconocido, ese es el que yo os anuncio”* (Hch 17,22-23). Pablo no destruye el altar pagano, sino que lo usa como punto de partida para anunciar al Dios verdadero.

En teología, la inculturación se apoya en la **doctrina de la analogía**, que afirma que todo lo creado refleja, de alguna manera, la verdad divina. También en la **catolicidad de la Iglesia**,

que significa apertura a todos los pueblos y culturas.

IV. Inculturación hoy: retos y oportunidades

Vivimos en un mundo globalizado, multicultural y muchas veces dividido. El catolicismo, por definición, no puede ser monocultural. El reto hoy es:

- Evangelizar sin imperialismo cultural.
- Dialogar sin relativismo doctrinal.
- Respetar la identidad cultural sin caer en el sincretismo.

Hoy más que nunca, la inculturación es **un acto de amor y humildad**. Evangelizar significa: “Aprender la lengua del otro, su modo de ver el mundo, para hablarle de Cristo desde dentro de su experiencia”.

V. Guía práctica: cómo vivir la inculturación en tu vida

1. Conoce tu propia cultura a la luz del Evangelio
Hazte preguntas: ¿Qué valores de mi cultura son compatibles con la fe? ¿Qué necesita ser purificado? ¿Qué puedo ofrecer a la Iglesia universal desde mi identidad?

2. Valora las expresiones locales de la fe
No todas las manifestaciones religiosas deben ser romanas o europeas. Una procesión andina, una danza africana en la misa o una oración en lengua maya pueden ser tan católicas como el gregoriano. Cristo se deja encontrar en cada rincón del mundo.

3. Aprende de otras culturas católicas
El catolicismo se enriquece en contacto. ¿Has asistido alguna vez a una misa en rito maronita o copto? ¿Has rezado el rosario en otro idioma? ¿Has leído a santos de otros continentes? Eso también es vivir la inculturación.

4. Evangeliza desde dentro
Si trabajas con jóvenes, en barrios multiculturales, en ambientes laicos: no impongas una cultura religiosa que no entiendan. Escucha. Aprende su lenguaje. Y habla de Cristo desde ahí. **Hazte puente, no muro**.

5. No tengas miedo de tus raíces
La fe no arrasa tu historia personal o colectiva. La purifica y la eleva. Como dice Jesús: *"No he venido a abolir, sino a dar plenitud"* (Mt 5,17). Lo que eres, tu cultura, puede ser camino hacia Dios.

Conclusión: una Iglesia con rostro de todos

La inculturación no es una moda moderna ni una técnica de marketing eclesial. Es **el modo mismo en que Dios actúa**: entra en la historia, en la carne, en la lengua de cada pueblo. Por eso, el catolicismo —que significa "universal"— es una sinfonía de culturas, no un monólogo imperial.

Hoy se necesita una Iglesia que, como María en Guadalupe, hable la lengua del pueblo. Una Iglesia que no tema parecer distinta en cada lugar, pero que en todos los rincones diga la misma Verdad: *Cristo ha resucitado y está vivo entre nosotros*.

Tú también estás llamado a vivir esta inculturación. No tienes que renunciar a lo que eres para ser católico. Tienes que dejar que el Evangelio fecunde tu vida, tu lengua, tu música, tu historia. Así, serás parte de una Iglesia realmente católica: con rostro africano, asiático, europeo, americano… con rostro tuyo.

Para la reflexión personal:

- ¿Qué elementos de mi cultura enriquecen mi fe?
- ¿He juzgado alguna vez otras expresiones culturales del catolicismo como "menos válidas"?
- ¿Cómo puedo ser misionero sin imponer?

"El Espíritu sopla donde quiere" (Jn 3,8). Y sopla en muchas lenguas, en muchos ritmos, en muchos colores. Escucha. Acoge. Evangeliza. Pero siempre, con respeto, con humildad, con amor. Como Cristo lo hizo.